

Argentina 2016

La clase trabajadora
ante
una posibilidad histórica

Marcelo Zugadi

La clase trabajadora ante una posibilidad histórica

Por Marcelo Zugadi

*A 47 años del Cordobazo,
cuyos efectos todavía rigen el rumbo argentino.
En memoria de quienes entregaron su pasión
y su vida por la revolución socialista*

Después de la estafa ideológico-moral perpetrada durante 12 años por Néstor Kirchner y su esposa, Argentina vive la estafa política en curso con el gobierno de Cambiemos y el presidente Mauricio Macri.

Parodia grotesca de Revolución, seguida de una caricatura obscena de República burguesa. Sumados, son el colofón del colapso sufrido por el poder burgués en 2001. A no dudarlo, el ciclo de recomposición capitalista iniciado con Eduardo Duhalde en 2002 está cerrado con el desempeño delincuencia del régimen anterior y el mejunje socialdemócrata-fascista-ultraliberal que intenta por estos días corregir la herencia recibida para salvar la gobernabilidad y el sistema.

Muchas líneas cardinales para la comprensión de la actualidad y el futuro derivan de esta aseveración. Aquí nos ocuparemos sólo de una: ni los gobiernos peronistas posteriores a 2001, ni el heterogéneo bloque actual podrían haber alcanzado y ejercido el gobierno sin el concurso directo de las cúpulas sindicales.

En el conjunto sindical hay, por cierto, diferencias que impiden considerarlas como un bloque homogéneo. Es igualmente verdad que en relación a un punto fundamental todas las fracciones actuaron y actúan de consuno: el sostenimiento del sistema.

El activo militante debería estudiar la resistencia del movimiento obrero desde inicios del siglo XX para impedir la subordinación de las organizaciones proletarias al Estado burgués. Esa lucha tuvo un punto de inflexión cuando Juan Perón aplastó al Partido Laborista y cooptó al grueso de los sindicatos. Luego, en 1962, el gobierno de Arturo Frondizi -apoyado por Perón- impuso una ley sindical según el modelo estadounidense (Taft-Hartley Act).

Desde entonces, en el último medio siglo el movimiento sindical argentino ha sufrido una transformación gradual que en un punto produjo un salto cualitativo. Su imbricación con el aparato del Estado y el ingreso de sus dirigencias al mundo empresarial ha alterado por completo la naturaleza de estas organizaciones.

En consecuencia, las cúpulas han cambiado su lugar en la sociedad. Ya no son, como en sus orígenes, representantes de los intereses obreros ante las patronales.

Tampoco, como lo fueron en la etapa siguiente, a partir del peronismo, correa de transmisión entre ambas clases. Ahora son, orgánicamente, un factor más en el entramado del poder burgués para su ejercicio efectivo. Pero dada la crisis económica estructural y el estallido del sistema de partidos tradicionales, su papel se agiganta y es, en muchos casos, decisivo. Junto con la iglesia constituyen el último madero al cual debe aferrarse el capital tras el naufragio y la inexistencia de tierra firme a la vista.

Cuadros y agrupamientos revolucionarios continuamos por regla general actuando en relación con la clase trabajadora a partir de nociones sindicales sin base objetiva de existencia. Esa inercia dificulta ver un aspecto central de la realidad: también los sindicatos –como la iglesia– están irreversiblemente distanciados del trabajador como individuo y como clase. La afiliación es mínima y, en todo caso, obligada por la pertenencia a la Obra Social. La subordinación es de tal manera escandalosa que son las empresas las que descuentan la cuota sindical.

Al dejar de ser el local sindical lugar de encuentro para los trabajadores y las dirigencias portavoces de los asalariados ante las patronales, la cúpula de los sindicatos perdió la relación directa tradicional entre dirigentes y trabajadores. Sólo en algunos casos, cada vez menos frecuentes y de menor intensidad, esa comunicación se establece con Comisiones Internas y Delegados. El nexo de estos aparatos con los trabajadores pasa por las denominadas Obras sociales (asistencia médica obligada a partir de la destrucción del sistema nacional de salud), servicios turísticos y, una vez al año, sin participación alguna de las bases y en entera dependencia del interés del capital, las denominadas “discusiones paritarias”, donde cúpulas sindicales, patronales y Estado determinan el nivel salarial necesario para un adecuado funcionamiento del sistema.

No hay organizaciones de ningún género que cuenten con la confianza, la adhesión, siquiera la expectativa, de las masas. Muchos menos con capacidad para encuadrarlas.

De un lado, aparatos sindicales poderosísimos en términos económicos e institucionales; del otro, una masa trabajadora que a la vez los utiliza y toma distancia de ellos, sea para mantenerse al margen o, en casos puntuales, rechazarlos.

Esa contradicción determina la conducta social y política de la clase trabajadora. Dada la inexistencia de conciencia y organización propias de los asalariados, la clase en su conjunto se convierte en masa de maniobra para los aparatos del capital, con los sindicatos como instrumento adicional de manipulación.

En sincronía con esa transformación estructural de los sindicatos los partidos tradicionales de la burguesía y el reformismo obrero (UCR, PJ, PS, PC) fueron debilitándose hasta desaparecer. Ambos fenómenos tienen una misma raíz: la crisis

del capitalismo mundial y la poderosa fuerza antisistema que, aun de manera inconsciente, determina la conducta social de los trabajadores, aunque su comportamiento político oscile según las maniobras de los instrumentos políticos del capital, sin excluir de esta categoría a la socialdemocracia y el socialcristianismo.

Por un lado entonces gravita la corrosión sistemática de los instrumentos clásicos para el ejercicio estable del poder burgués y por otro la ausencia política de los trabajadores. Esta involución sería incomprensible sin el impacto de la degeneración y posterior destrucción de la Unión Soviética, el grueso de los Partidos Comunistas y obreros y la Internacional Comunista.

Como sea, el resultado aquí y ahora es la desagregación generalizada de la sociedad argentina, en la que sobresale la orfandad de la masa explotada, que no sólo no es *clase obrera para sí*, sino que además, en la centrifugación provocada por la crisis del capital y los avances tecnológicos, desdibuja su condición de *clase obrera en sí*, lo cual induce a no pocos comentaristas y activistas políticos a concluir en la inexistencia del proletariado y a buscar alternativas en los llamados “movimientos sociales”, sin comprender el papel de la producción en el funcionamiento social y el de la fábrica en la organización no sólo de los proletarios sino en el conjunto del pueblo.

Innecesario decir que este panorama alimenta el riesgo de que la burguesía logre cristalizar la división de los de abajo, armar escuadras de choque no institucionales para afrontar el conflicto social e inaugurar una etapa de fascismo clásico como modo de gobernar y afrontar la crisis que de aquí en más no hará sino agravarse a escala mundial, con eje en los países imperialistas y violentos efectos sobre Argentina y la región.

Sin embargo la medalla tiene otra cara: orfandad de la clase obrera es también ausencia de un dogal capaz de sofrenarla o llevarla en el sentido que el capital necesita. Ajenidad de los sindicatos supone necesidad objetiva de instrumentos propios para defender sus intereses inmediatos. Inexistencia de Partidos con raíces en la sociedad implica incapacidad por parte de la burguesía de ejercer otra política que no sea el día a día, manejada por empresas consultoras y aventureros sin otro compromiso que sus elevados honorarios.

En resumen: las masas explotadas y oprimidas están ante la posibilidad histórica de constituirse en *clase para sí*, organizarse en torno a un programa y una estrategia propios, plantarse como fuerza rectora en la sociedad e iniciar un camino directo hacia la abolición del sistema, en convergencia con trabajadores, campesinos, estudiantes y jóvenes víctimas de la opresión capitalista en la región.

El papel de la vanguardia

Tal posibilidad reside en el restablecimiento de una dialéctica positiva en la relación entre vanguardia y clase obrera, lo cual supone recomposición de las fuerzas revolucionarias marxistas y unidad social y política de la clase obrera y el conjunto del pueblo.

Existe una relación viva entre masa y vanguardia. El 29 de mayo de 1969 Córdoba se insurreccionaba como parte de una sublevación estudiantil y obrera generalizada en todo el país, aunque con notables desigualdades. Ese desarrollo desigual de la conciencia y la combatividad se dio sobre todo en el corazón industrial de Buenos Aires, lo cual abriría luego la brecha por donde entraría como tromba la contraofensiva burguesa encabezada por Perón y consumada con la dictadura. La realidad política de la clase trabajadora acrecentó la combinación de debilidades entre el conjunto y su avanzada. El peronismo resumía la carencia ideológica del proletariado. El izquierdismo traducía en la región y el país la respuesta automática al stalinismo dominante en la URSS y los Partidos Comunistas (esto incluye organizaciones que se autodefinían como trotskistas). En más de un sentido puede considerarse al peronismo como expresión autóctona del stalinismo tardío. De modo que la degradación, el retroceso mundial en ideología y organización del proletariado predominaba de una u otra manera en Argentina tanto en la masa como en la vanguardia mientras el país ardía en una sucesión de levantamientos encabezados por el movimiento estudiantil.

En un marco de extraordinaria combatividad, la fuerza obrera no tuvo la autonomía suficiente para imponer su impronta a la vanguardia y ésta careció de los atributos necesarios para enraizarse y convertirse en dirección efectiva de las masas. El desenlace es conocido. Transcurridos ocho años de violencia extrema (iniciada durante el gobierno de Perón), incluida la enorme derrota nacional frente al imperialismo en torno a Malvinas, nuevamente vanguardia y masas tuvieron la posibilidad de ensamblar en las luchas democráticas y económicas y dar lugar a una síntesis superadora de la conformación política anterior.

No ocurrió. Había heridas profundas en las masas y la vanguardia estuvo lejos de actuar según las exigencias del momento. Oportunismo, sectarismo izquierdista (juntos y cada uno por su lado), confusión y desmoralización de innumerables cuadros, dieron por resultado la dinámica que desembocaría dos décadas después en el estallido de 2001. Pese a la ausencia de una masa organizada y consciente, pese a los desvíos de las vanguardias ya en avanzado proceso de división, el sistema no pudo preservar su estabilidad y el mundo asistió a enormes movilizaciones policlasistas con una consigna tan inocua como elocuente: “que se vayan todos”.

En ese punto el infantoizquierdismo perdió todo parámetro y abortó el proceso

de generalización de Asambleas. Restos dispersos de izquierda marxista fueron – fuimos- incapaces de presentar una alternativa. Por su parte, socialdemocracia y socialcristianismo, después de un primer momento en el que fueron arrastrados por la potencia antisistema de la movilización, saltaron al bote salvavidas de una burguesía atónita y desesperada. Se conformó así un bloque timoneado por iglesia y sindicatos, bajo la presidencia de Eduardo Duhalde.

Así se encauzaron las aguas desbordadas y la burguesía recobró el equilibrio perdido. Sin embargo el precio fue muy alto. En la tormenta, los planes hegemónicos no pudieron realizarse y de pronto el gobierno quedó en manos de un grupo de ávidos advenedizos, sin raíz en ninguna clase social, sin otro programa que el de mantener el poder y enriquecerse. Una sucesión de acontecimientos que no es el caso de exponer aquí dio como resultado que la burguesía se viera ante la opción de acabar con esa anomalía mediante alguna forma de golpe institucional, o moldearse a la coyuntura y buscar beneficio mientras esperaba su hora. Como se sabe, optaron por esto último. Y su hora, desde luego, llegó. Porque una excrescencia protoburguesa no puede gobernar un país como Argentina. Porque el proletariado siguió ausente y subordinado en el escenario político. Y porque el grueso de los aparatos sindicales votaron por un gobierno de la burguesía tradicional.

La coyuntura

En estos días sale a la luz pública el precio a pagar por una sociedad apesada en aquella trampa. La ilusión consumista acabó como era lógico: caída de la capacidad de compra, carestía descontrolada y simultáneamente recesión. El endeudamiento - jamás resuelto, pese a haber transferido más de 200 mil millones al capital financiero internacional entre 2007 y 2016- se multiplica ahora como única salida dentro del sistema. No era esperable otro recurso por parte de un gobierno orgánico del gran capital. Para justificar esa vía de acción se apela al argumento cierto del incalificable desorden en el conjunto de la administración pública, más el inmanejable desequilibrio en los precios relativos (ambos factores fueron funcionales a un descontrolado latrocinio por parte de funcionarios de toda categoría). La inflación de abril rondó el 8% y la caída del consumo el 9%. Aumenta el desempleo, aunque todavía está muy lejos de lo que puede llegar a ocurrir si el plan de salvataje burgués fracasa, o incluso si se demora más de lo previsto. Se agrava la situación de los trabajadores informales, los jubilados pierden capacidad de compra en mayor medida que el conjunto y los presupuestos para salud, educación y vivienda quedan en promesas difícilmente cumplibles. La fiesta terminó.

Con un cinismo que subleva al espíritu más calmo, funcionarios y defensores

del gobierno anterior culpan al actual por este desastre económico y social, niegan toda responsabilidad y se abocan a promover protestas para voltear a Macri, proponiéndose naturalmente como reemplazantes. Mientras tanto la sociedad observa atónita la profusión de pruebas flagrantes de robos en todos los terrenos, cometidos durante los últimos 12 años por una verdadera organización delictiva dentro del Estado, cuyos principales exponentes y beneficiarios fueron Néstor Kirchner y Cristina Fernández.

Este cuadro se inscribe además en la crisis general del capitalismo imperialista, la caída abrupta de los Brics y, particularmente, la situación de Brasil, principal socio económico de Argentina.

Parece innecesario subrayar que hay aquí combustible suficiente para un gran incendio que convierta en cenizas el proyecto burgués ahora encarnado en Macri. No es lo más probable a corto plazo, pero en modo alguno imposible. Esto requiere una caracterización previa de los revolucionarios para regir su conducta frente a la crisis que inevitablemente estallará en un futuro por el momento imprevisible. Hay signos de que otra vez la reactivación social podría estar encabezada por el movimiento estudiantil.

Sólo sectores sociales carentes de toda conciencia podían esperar de Macri (o de su rival perdidoso, Daniel Scioli) una política diferente a la que aplica el gobierno de Cambiemos. El problema es que no pocas franjas del activo político reaccionan como si se tratara de la conducta perversa de una persona. Ausente la concepción materialista y la interpretación dialéctica el subjetivismo hace estragos en la vanguardia. La condena individual, subjetiva, el empleo de categorías ideológico-políticas a modo de insulto, tienen una doble consecuencia: negación a comprender que se trata de la crisis del sistema; incompreensión del fenómeno en curso.

Si acaso no fuimos los primeros, mucho tiempo atrás, en exponer públicamente la ideología fascista de Macri, con certeza estuvimos en la primera fila de esa denuncia. Cuando llegó al gobierno, sin embargo, advertimos que la ideología de un Presidente no determina la naturaleza de su gobierno. Para abundar en pruebas, recordamos que pese a su ideología Juan Perón no condujo un gobierno fascista. No hay casualidad alguna en el hecho de que quienes se limitaron a denunciar a Perón por su origen ideológico, contribuyendo de manera decisiva a entregarle precisamente a ese líder el control del movimiento obrero, hoy estén identificados con el peronismo.

No es propósito de la UMS acompañar a los remanentes del gobierno anterior y un nonato Frente ciudadano tras el objetivo de desestabilizar y derrocar al gobierno de Macri. Por el contrario, respaldamos toda medida encaminada a descubrir, enjuiciar y condenar la corrupción de la familia Kirchner y sus secuaces. Impulsaremos además

que todos los bienes robados sean expropiados por el Estado y devueltos a la sociedad en obras para promover la salud y la educación. Del mismo modo que apoyar el juicio y castigo a los militares de la dictadura no implicó jamás para nosotros identificarnos con el gobierno de la UCR y Raúl Alfonsín, sostener juicio y condena para los corruptos pseudoprogresistas no supone el más mínimo acercamiento a Macri y Cambiemos. Y así como entonces condenamos a los radicales que fueron parte inseparable de la dictadura, ahora haremos todo lo que esté a nuestro alcance para mostrar que la corrupción kirchnerista hubiese sido imposible sin el concurso del Pro y la UCR, entre tantos otros (en particular dirigencias sindicales).

Está claro entonces que no haremos *putschismo* pequeño burgués en ningún caso, no alimentaremos el falso combativismo de quienes condenan a Macri para defender otra opción burguesa y, en la confusión, bloquear nuevamente el camino de la clase trabajadora hacia una organización y un programa de acción propios.

Sindicalismo y política

Las afirmaciones arriba expuestas sobre naturaleza y nuevo papel de los sindicatos requieren traducción a la acción política. Ésta resolverá cotidianamente y siempre en condiciones diferentes la contradicción entre bregar por la unidad social y política de los trabajadores y a la vez enfrentar no ya a tal o cual dirigente sindical, sino a la función política de sindicatos y dirigencias.

La primera condición será promover siempre la unidad de acción reivindicativa y estar en disposición para encararla con la mayor lealtad cuando un sindicato o las autodenominadas “centrales” se comprometan en luchas por demandas económicas y eventualmente también políticas de los trabajadores. Pero al mismo tiempo implica negarse a ser parte supuestamente rebelde, flanco izquierdo de estructuras por completo subordinadas al Estado burgués, financiadas por él y articuladas en todos los planos para sostener el sistema.

La acción sindical de obreros/as revolucionarios se dará desde organizaciones políticas edificadas con todas las prevenciones del caso en cada lugar de trabajo. Ésas serán organizaciones de frente único proletario, amplias, democráticas, definidas en torno a un programa antimperialista y genéricamente anticapitalista, con líderes públicos y organización semiclandestina.

La fuerza revolucionaria marxista actuará allí como motor, siempre bajo el concepto de frente único, en una estructuración que no negará por principio intervenir en eventuales disputas internas del sindicato, pero no tendrá allí su eje de funcionamiento. La consigna no será “recuperar el sindicato”. Por el contrario, su eje será la articulación fabril, local y nacional de una corriente anticapitalista aparte y

La clase trabajadora ante una posibilidad histórica

alternativa a los aparatos actualmente existentes, que sólo por costumbre llamamos *sindicatos*.

Entiéndase bien: no estaremos en confrontación con tal o cual dirigente sindical, sino con la estructura sindical anexada al aparato del Estado. Nunca como en este caso es tan negativa la interpretación subjetiva del conflicto de clases. En cualquier problema que se presente subyace la lucha social y no eventuales características individuales de tal o cual dirigente. Las acusaciones personales, las conductas híper combativas en las palabras, alejan al trabajador del activista que incurre en esa conducta. Pero sobre todo le cierra el paso a la comprensión de que el problema no es con ese individuo (acaso un ex compañero, incluso con condiciones valorables) sino con el sistema del cual es parte el aparato gremial.

A medida que tal corriente consiga afirmarse en cada lugar y articularse nacionalmente, será más difícil el manejo de la contradicción *unidad social de la clase-orientación política propia de los trabajadores*. No hay modo de prever y clasificar las formas que tomará ese combate. Se parte de la convicción de que la unidad social de la clase trabajadora en su totalidad, sin conciencia de su posición en la sociedad (*la clase en sí*) ha de ser una condición permanente a la cual será necesario subordinar cualquier táctica, por difícil que sea tal flexión, durante el proceso de acumulación de fuerzas y hasta que las relaciones de fuerzas se vuelquen a nuestro favor.

Está claro que los aparatos sindicales, hasta cierto punto válidos para las masas en sus lucha reivindicativa económica o laboral, son parte orgánica del capital y por tanto la acción común será más difícil cuanto más relevante sea el peso de la fuerza representativa de la *clase para sí*. Pero esa contradicción no se resolverá al interior de uno o varios sindicatos, sino en la lucha a escala nacional por el poder. Una lucha política en la cual el frente único proletario en fábricas, lugares de trabajo en general e incluso universidades y escuelas, habrá de presentarse como contraparte del conjunto de partidos y fuerzas defensoras del sistema capitalista, en el cual tendrán un lugar preponderante los sindicatos actuales.

Aquí cabe un breve paréntesis. Ya es visible la dificultad extrema de los partidos burgueses para sostener una gobernabilidad estable. A la vez, se perfilan formas protopartidarias con base en sindicatos. Una de ellas, el Partido Fe (amarrado no sólo por el nombre al poder vaticano), basado en la Uatre, integró y continúa siendo parte de la alianza Cambiemos. Otra, el Partido para la Educación, la Cultura y el Trabajo, con base en el sindicato de Camioneros y un sector de la CGT, tras un fallido intento de ocupar el centro del escenario al inicio del desmoronamiento kirchnerista, se sumó al bloque burgués encabezado por Juan De la Sota y Sergio Massa. De hecho el fracaso

inicial vació la voluntad partidaria y ese bloque fue a elecciones como fuerza colateral no explícita del llamado Frente Renovador (Massa obtuvo 5 millones de votos y el tercer puesto en la primera vuelta electoral).

La eventual reedición de estos pujos de partidos capitalistas con base en estructuras sindicales obreras no puede en modo alguno descartarse. Si fuera el caso, la vanguardia revolucionaria debería medir cuidadosamente su táctica. Sería un punto de tensión máxima en la señalada contradicción entre unidad social de la *clase en sí* e independencia política de los trabajadores. Sería el máximo desafío en el que se dirimiría si la clase obrera y el pueblo continúan subordinados a una perspectiva burguesa o toman el rumbo de la lucha por el poder con un programa anticapitalista. No hay ni puede haber hoy una táctica preestablecida para afrontar tal eventualidad. Tampoco hay en este momento una dirección revolucionaria con la capacidad efectiva para intervenir en una coyuntura semejante. Sólo se puede decir lo apuntado más arriba: en tanto las relaciones de fuerza no sean favorables a una corriente anticapitalista, el peso fundamental de toda determinación será alcanzar y mantener la unidad del proletariado como clase y con sus aliados naturales. Sólo a partir de la unidad social y política será posible planear y llevar a cabo el derrocamiento del sistema capitalista. Pero una unidad social bajo conducción del actual aparato sindical es precisamente lo inverso: sostenimiento del sistema capitalista. De modo que sean cuales fueren las tácticas a emplear según estos fundamentos, las condiciones de una estrategia de poder son la unidad del conjunto de la clase y la dirección revolucionaria.

Hoy esto puede parecer una quimera, una ensoñación. Pero es necesario partir de la noción de crisis general y sin salida del sistema. Tuvimos un ensayo general entre noviembre de 2001 y marzo de 2002. Cuando esa incapacidad de la clase dominante para ejercer el poder reaparezca (y ocurrirá inexorablemente), aquello será un tímido esbozo de la convulsión social que necesariamente sobrevendrá. Es en ese clima que una fuerza previamente afirmada y articulada tendrá la oportunidad de presentarse como alternativa, con una propuesta explícitamente anticapitalista. La exigencia y la posibilidad objetiva -en medio de convulsiones sociales- de asumir la conducción política de las grandes mayorías y encabezar la marcha hacia la instauración de un gobierno de los trabajadores y el pueblo.

Columnas de una estrategia de poder

Tal perspectiva sería inviable sin la recomposición de las fuerzas revolucionarias marxistas y la concreción de un Partido Revolucionario Anticapitalista. En cualquiera de sus partes la vanguardia actual está incapacitada para alcanzar por sí misma esos objetivos. Sólo instancias nuevas de convergencia militante podrán viabilizar el

conjunto de tareas necesarias para recomponer el pensamiento, la organización y la acción revolucionaria.

Hay diferentes propuestas en este sentido. Urge concretarlas. Por nuestra parte, en la Declaración Huerta Grande-Cordobazo, en 2009 y a 40 años de aquella insurrección obrero-estudiantil, proponemos una vía para resolver esta encrucijada, detallada en un texto posterior titulado *Cómo organizar la voluntad unitaria*, donde convocamos a la inmediata construcción de una “Organización Federal para la Revolución Argentina”.

El vendaval electoralista y la efectiva acción del gobierno contrarrevolucionario a través de sus funcionarios reformistas lo hicieron imposible en aquella oportunidad. Llegamos así a una nueva situación crítica, cualitativamente más grave, en peor situación de la existente en aquellos momentos. Tanto más necesario entonces hallar formas originales de acción común buscando en el menor plazo posible la conformación de una mesa nacional coordinadora de organizaciones y cuadros que debata y acuerde los pasos a dar.

Como hemos expuesto en otros textos, el imperialismo avanza de manera sistemática contra los gobiernos del Alba. La victoria electoral de un agente directo en Argentina se sigue con una embestida en principio victoriosa y casi sin resistencia contra el gobierno del PT. El Departamento de Estado busca avanzar desde la periferia al centro del proceso antimperialista y anticapitalista regional con eje en Venezuela. Los acontecimientos en Argentina y Brasil son pasos gigantescos en ese sentido.

Sin embargo con la debacle o el giro a derecha de gobiernos y direcciones políticas que en los últimos años se presentaron como “*progresistas*” no sucedió otra cosa que la revelación del verdadero carácter de quienes usufructuaron esa fase de radicalización de las masas. No hay un giro a derecha de los pueblos, menos aún de la clase obrera. Ninguna de las variantes presentadas hoy como vencedoras en una perspectiva contrarrevolucionaria tiene el más mínimo respaldo efectivo y organizado en las masas.

Obtenerlo y organizarlo como fuerza contrarrevolucionaria es precisamente el objetivo del capital. Para esto los sindicatos son un instrumento esencial, pero extraordinariamente contradictorios y de difícil manejo. Actuando con los instrumentos que tiene al alcance, Washington busca contraponer a escala hemisférica la figura de un empresario ultraconservador con la de un obrero socialista. El papel de los sindicatos argentinos en esta confrontación estratégica está a la vista. Por acción u omisión, en conjunto están del lado del capital. Sin embargo, como demuestran los cinco meses de gobierno Cambiemos, a los aparatos sindicales les resulta imposible mantener abiertamente su asociación con el Presidente explícitamente patronal. Por el momento han tomado la diagonal de “oponerse al plan de gobierno, pero no al gobierno”. Realizan

por estas horas un juego de malabares en torno a una ley que impida los despidos. Como si estos resultaran de la maldad de algunos empresarios y no de la lógica del sistema.

Esa dualidad no tiene mucho aliento. A su vez, la clase dirigente se muestra convencida de que más allá de los conflictos en ciernes la estabilidad está garantizada. Todo se enfila así a las legislativas del año próximo, para las cuales tanto el PJ como la UCR, el Pro y otros partidos menores del capital, no las tienen consigo en la medida en que fracciones sindicales no acudan a respaldarlos. Pero a su vez, para las dirigencias sindicales asociarse con estos cadáveres políticos no resulta un buen plan, siquiera a mediano plazo.

Hay por tanto una tendencia objetiva hacia la reaparición de intentos de construcción partidaria con base en aparatos sindicales, pese a que su principal mentor, Hugo Moyano, ha virado hacia la búsqueda de la presidencia de la asociación de fútbol: ya que ni iglesia ni sindicatos sirven para ganar el corazón de las masas en favor del capitalismo, tal vez la explotación económica pero sobre todo política de la enajenación pseudodeportiva pueda ayudar como alternativa. No obstante, por una u otra vía estas dirigencias deberán asumir las necesidades económicas de la población como ejes para su acción sindical y política.

Razón adicional para que el activo revolucionario asocie hasta la más mínima reivindicación económica con la confrontación estratégica que se afirma en cada paso táctico del enemigo de clase. El economicismo de estructuras supuestamente ultrarrevolucionarias es hoy una cuña en las filas de nuestra clase, útil a los intereses de la contrarrevolución.

Sin necesidad de estímulos de la vanguardia, la *clase en sí* se pone en movimiento por acuciantes necesidades económicas. La tarea de los revolucionarios no es explicar cuán malo es Macri y cuánto redujo el salario real, sino mostrar las causas de fondo de esa política, el contexto internacional, la obligada dinámica de la crisis, la línea de acción del imperialismo y su socios, a la vez que se realizan los mayores esfuerzos para organizar en torno a una perspectiva estratégica contraria.

Para una corriente obrera genuina el frente único antimperialista continental es una urgencia inaplazable. No se trata de una estructura de diferentes organizaciones de la región, sino de un programa de acción que se desenvuelve en el seno de los trabajadores como parte inseparable de cualquier lucha que estos den. Mucho menos se trata de pedirles a los sindicatos que asuman la defensa de las masas que en la región se plantan contra el imperialismo. Nuestra tarea impostergable es dar vida a alternativas políticas para las masas que en el ámbito concreto de vida de los trabajadores (fábricas y barrios) hagan visible y creíble propuestas alternativas que

La clase trabajadora ante una posibilidad histórica

asocien los dramas cotidianos de nuestros hermanos de clase a la crisis estructural del sistema, a la estrategia contrarrevolucionaria regional y global del gran capital, con Estados Unidos a la cabeza de esa ofensiva.

Estamos en el ojo de la tormenta. Argentina puede ser la clave eficiente para redoblar la escalada contrarrevolucionaria o para aplastar el huevo de la serpiente e iniciar una fase superior de la lucha antimperialista, victoriosa en la primera década del siglo. La degradación y desagregación social ya avanzados en nuestra sociedad son puntos a favor del enemigo. La rica historia de lucha, la reserva moral y memoria organizativa de la clase obrera y el estudiantado, son la base en la cual apoyar el contraataque estratégico que proponemos.

Con esta certeza nos dirigimos a agrupamientos y cuadros marxistas dispuestos a romper con el sindicalismo y el cretinismo parlamentario para dar un paso organizativo, de segura trascendencia latinoamericana e internacional, hacia la convergencia y la recomposición en todos los planos del pensamiento y la acción revolucionaria, en un momento crucial de la crisis capitalista.

No hay duda de que la clase obrera en Argentina está ante una posibilidad histórica. Resta saber si incontables revolucionarios marxistas hoy dispersos o reclusos en pequeñas organizaciones estaremos a la altura del desafío.

Argentina, 14 de mayo de 2016

